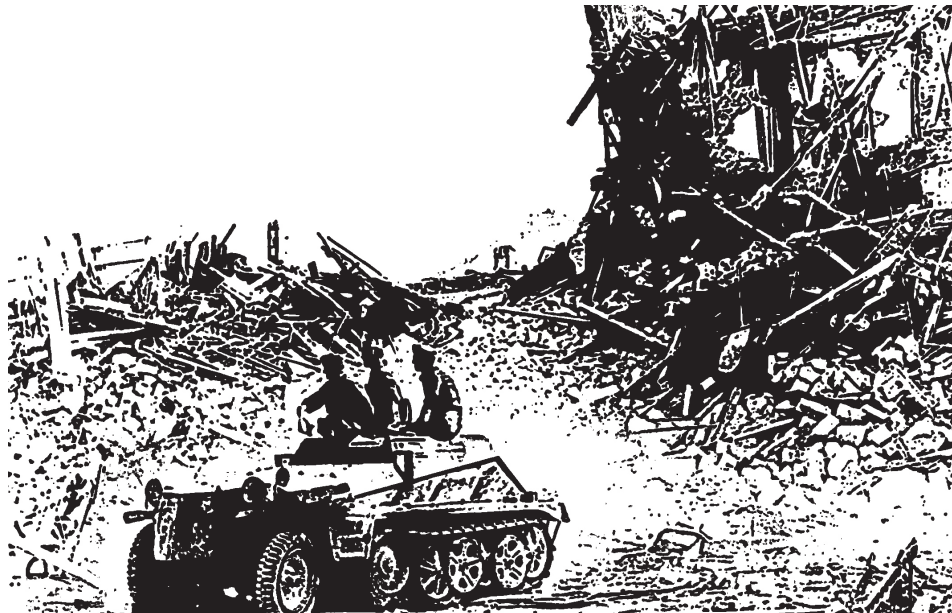


# ANTE LAS CÚPULAS DEL KREMLIN



FERNANDO PAZ

[www.hrmediciones.es](http://www.hrmediciones.es)



# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> . . . . .	<b>.7</b>
<b>EL CRUCE DEL DNIÉPER.VICTORIA EN KIEV</b> . . . . .	<b>11</b>
<b>TIFÓN</b> . . . . .	<b>61</b>
La climatología en la campaña de Rusia. . . . .	79
Vyazma y Briansk . . . . .	90
<b>MOSCÚ</b> . . . . .	<b>98</b>
La <i>Wehrmacht</i> reanuda el ataque . . . . .	125
La ofensiva soviética . . . . .	151
Stalin y Pearl Harbor . . . . .	159
La orden de alto. . . . .	168
Los errores de Stalin . . . . .	202
<b>EPÍLOGO.</b> . . . . .	<b>221</b>
<b>BILIOGRAFÍA</b> . . . . .	<b>235</b>



# PRÓLOGO

---

Rafael Rodrigo  
Doctor en Historia

En junio de 1941, las tropas alemanas lanzaron la Operación Barbarroja, la invasión más ambiciosa y compleja de la Segunda Guerra Mundial. La expectativa del OKH (*Oberkommando des Heeres*) era clara: destruir al Ejército Rojo en unas pocas semanas, tal como habían hecho con el ejército polaco en 1939 y el francés en 1940. Sin embargo, la campaña se prolongó mucho más allá de lo esperado, y en octubre de 1941, el alto mando alemán, enfrentado a una guerra mucho más encarnizada de lo previsto, decidió ejecutar la Operación Tifón. Este plan tenía un objetivo monumental: la toma de Moscú, el corazón político y simbólico de la Unión Soviética, sede del gobierno comunista y residencia de Stalin. El avance hacia la capital soviética marcaría un momento decisivo en el conflicto, y sobre este episodio crucial nos ofrece Fernando Paz su nuevo libro, “Ante las cúpulas del Kremlin”.

Este segundo volumen de la serie que comenzó con “Radiografía de Barbarroja” no sólo profundiza en los hechos militares, sino que también aborda con rigor histórico y claridad las cuestiones tácticas, logísticas y humanas que hicieron de la batalla por Moscú uno de los momentos más intensos y determinantes de la guerra en el Frente Oriental. Si en su primer tomo, Paz nos sumergía en los preparativos y motivos que llevaron a Hitler a emprender la invasión de la Unión Soviética, en esta nueva obra explora

con detalle lo que muchos historiadores consideran el punto álgido de la Operación Barbarroja: el intento fallido de tomar Moscú, el mito de haber estado “a las puertas” de la victoria y la amarga realidad de un fracaso que cambiaría el curso de la guerra.

El mito de las cúpulas del Kremlin es uno de los elementos más fascinantes y recurrentes en los relatos de los soldados alemanes que participaron en la campaña de Moscú. Según algunos testimonios recogidos por historiadores como Michael Jones y David Stahel, los soldados de vanguardia afirmaron haber llegado a divisar las torres doradas del Kremlin brillando al sol desde la localidad de Krasnaya Polyana, a unos 32 kilómetros de la capital. En particular, el relato del soldado Karl-Gottfried Vierkorn de la 23.<sup>a</sup> división de infantería de Hellmich, que aseguraba haber visto las cúpulas del Kremlin el 1 de diciembre de 1941, es emblemático de esa sensación de haber estado al borde de la victoria.

Esta narrativa, perpetuada por los noticieros alemanes de la época, como el *Die Deutsche Wochenschau*, proyectaba una imagen de éxito inminente en las pantallas de cine de toda Alemania. Sin embargo, la realidad, como bien analiza Paz en este volumen, era mucho más compleja y, en última instancia, desalentadora para las tropas alemanas. Aunque algunas unidades avanzadas, como la de Heinrich Haape, llegaron hasta las últimas paradas del tranvía de Moscú, o como Gerhard von Bruch, que afirmaba haber alcanzado los suburbios de la capital, la mayor parte del ejército alemán nunca estuvo tan cerca de tomar la ciudad de manera efectiva.

Paz examina con detalle no sólo los movimientos tácticos, sino también los factores logísticos y climáticos que frustraron el avance alemán. El duro invierno ruso, que se abatió sobre las tropas alemanas, junto con el agotamiento de las divisiones blindadas de Hopner, Kluge y Guderian, puso fin al sueño de una rápida victoria en Moscú. A pesar de los testimonios que afirmaban haber llegado a ver el Kremlin, lo cierto es que las fuerzas alemanas se encontraban, en el mejor de los casos, a unos 18 kilómetros de la capital, como relata el suboficial de la 11.<sup>a</sup> división blindada, Gustav Schoroten. Aunque cerca en términos geográficos, esta distancia era, en realidad, insalvable debido a la resistencia soviética y las dificultades crecientes que enfrentaba la *Wehrmacht*.

El mito de las cúpulas del Kremlin, como nos muestra Paz, se forjó tanto por la necesidad psicológica de los veteranos alemanes de creer que estuvieron a punto de lograr la victoria, como por la propaganda del

régimen nazi, que intentaba mantener alta la moral del frente interno. Sin embargo, el curso real de la batalla de Moscú estuvo marcado por la resistencia feroz del Ejército Rojo y la astuta dirección de Stalin y sus generales, en particular Georgi Zhukov, quien fue capaz de organizar una contraofensiva masiva en diciembre de 1941 que finalmente hizo retroceder a las fuerzas alemanas. Esta fue la primera gran derrota del ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial, y marcó un giro irreversible en el Frente Oriental.

El autor no deja de lado los aspectos políticos y psicológicos que subyacían en esta operación. La fe ciega de Hitler en la superioridad de su ejército y su intervención directa en las decisiones estratégicas, que tantas veces socavó la efectividad de sus comandantes en el terreno, se contraponía a la determinación de Stalin de defender a toda costa la capital soviética. Las purgas estalinistas, que inicialmente habían debilitado al Ejército Rojo, se vieron compensadas por una brutal movilización de recursos humanos y materiales, y por la capacidad de Stalin para utilizar la propaganda con el fin de reforzar la moral del pueblo ruso y sus tropas.

Otro punto central de “Ante las cúpulas del Kremlin” es la evaluación del papel del clima en el fracaso alemán. Las bajas temperaturas y el terreno fangoso y luego helado se combinaron con la escasa preparación logística del ejército alemán, que no estaba equipado para una guerra de invierno prolongada. Mientras que los soldados soviéticos, familiarizados con el clima, se adaptaban mejor a las duras condiciones, la *Wehrmacht* pagó un alto precio por su falta de previsión. A medida que avanzaba el invierno, la distancia que separaba a los alemanes de la victoria se hizo cada vez más insalvable.

Sin embargo, Fernando Paz no reduce el fracaso alemán únicamente a factores externos como el clima. En su análisis equilibrado, también destaca la importancia de la resistencia soviética y las tensiones internas en el mando alemán, que contribuyeron a la pérdida de impulso en la ofensiva. La acumulación de errores estratégicos y las decisiones erróneas en ambos lados juegan un papel crucial en el desenlace de la campaña, lo que hace de este libro una obra indispensable para comprender no sólo la batalla de Moscú, sino también el contexto más amplio de la guerra en el Frente Oriental.

Con “Ante las cúpulas del Kremlin”, Paz nos ofrece una obra completa, rica en detalles históricos y narrativos, que no sólo desmitifica ciertos

*Ante las cúpulas del Kremlin*

relatos propagandísticos, sino que también nos ayuda a comprender la magnitud del sacrificio y la desesperación de las fuerzas en conflicto. Este volumen, junto con “Radiografía de Barbarroja”, constituye una contribución esencial para quienes buscan profundizar en uno de los episodios más determinantes de la Segunda Guerra Mundial y nos deja con una reflexión sobre la naturaleza de la guerra y los límites de la ambición humana.

# EL CRUCE DEL DNIÉPER. VICTORIA EN KIEV

---

Entre los muchos errores que el autocomplaciente Alto Mando del Ejército cometió, no puede dejarse de señalar uno esencial: la campaña comenzó sin haber acordado los objetivos y, por tanto, sin que se hubieran adoptado las medidas que facilitasen su cumplimiento. Desde luego, eso constituía en sí mismo una invitación al desastre; aún más si se piensa que no es solo que no estuviesen claros los objetivos, sino que en la mente de Hitler y en la del jefe del Estado Mayor estos eran diferentes, que Halder era perfectamente consciente de ello —Aunque Hitler no— y que, en consecuencia, este hecho dificultaba el entendimiento en el seno del mando alemán.

Ya hemos visto cómo el jefe del Alto Estado Mayor del *OKH*, el general Franz Halder, intrigó desde los primeros estadios de la misma elaboración del plan que culminaría en Barbarroja para imponer su criterio, incluso por encima del de Hitler. La idea central de este consistía, militarmente hablando, en la destrucción del Ejército Rojo, en lugar de en la conquista de territorios o en consideraciones de tipo político o económico. Sin embargo, los planes elaborados por el Estado Mayor lo fueron en el condicionamiento impuesto por Halder de que contemplasen, tanto el que la principal fuerza invasora entrase en la URSS al norte de las marismas de Prípiat, como que Moscú fuese el objetivo esencial de su avance. Naturalmente, esto contravenía las órdenes de Hitler.

Es indudable que Moscú constituía un objetivo obvio. Situado en la región central de la Rusia europea, además de la capital del país era el principal

núcleo de comunicaciones, transporte y el centro de decisión política, así como una región industrialmente importante. Pero del diseño de Barbarroja se desprendía que cuando Moscú pasase a ser el objetivo de la campaña, esta ya estaría decidida. Para Hitler, el Grupo de Ejércitos Centro solo se ocuparía de la capital tras haber completado, de facto, la destrucción del poderío militar enemigo y haber cumplido su misión de ayudar a los grupos de ejército situados a sus flancos. Solo un imprevisto hundimiento del enemigo podría torcer esos planes.

Pero Halder creía poder salirse con la suya haciéndole creer a Hitler que, en realidad, se estaban ejecutando sus órdenes, mientras se las componía para llevar a cabo sus propios planes, hasta situar al Führer ante unos hechos consumados que no le dejaran otra posibilidad sino la de seguir adelante hacia Moscú. Uno de los medios que concibió para conseguirlo fue el de hacerse con el control de las divisiones *panzer* a través de los *panzergruppe* (si bien la maniobra fue finalmente inútil ante la decidida dirección militar de von Bock).

La maniobra de Halder se basaba en que, durante las primeras semanas de Barbarroja, las etapas cubiertas coincidían en ambos casos. Suponía que solo después de Smolensk se presentaría la disyuntiva acerca de Moscú, lo que en efecto ocurrió. Una vez allí la cercanía de Moscú y la presión de los generales, tanto del *OKH* como de los que se hallaban al frente de las tropas, obligaría a Hitler a marchar sobre la capital rusa. Aunque todos combatían en la suposición de que su conquista pondría fin a la campaña y, probablemente, a la guerra, no pocos de entre los generales sobre el terreno terminaron confiando más en la osadía de Hitler que en el conservadurismo del *OKH*, pese a que coincidieran con este —sobre todo en el caso de Guderian— en que el objetivo debería ser Moscú.

Una de las preguntas obvias que el historiador no puede dejar de hacerse es si, efectivamente, la toma de Moscú por los alemanes hubiera supuesto el fin de la guerra. Con frecuencia, tras la Segunda Guerra Mundial, los relatos de cuán cerca estuvieron las unidades de la *Wehrmacht* de Moscú —cuyos arrabales pudieron observar con sus prismáticos— han metaforizado la proximidad de la victoria final. Por supuesto, no hay una respuesta a esa pregunta que no sea, a su vez, una hipótesis. En primer lugar, porque tendríamos que especificar cuándo habría de producirse dicha toma de Moscú; de hacerlo en octubre, es posible que la respuesta fuera más positiva, pero en diciembre era todo ya mucho más complicado, pues aunque



FRANZ HALDER (BAJO LICENCIA CC BY-SA 3.0 DE).

los alemanes hubiesen capturado Moscú ese mes, los japoneses habrían atacado Pearl Harbor de todos modos y, en ese caso, no hay razones para pensar que Hitler no hubiese procedido igual que lo hizo, es decir, declarando la guerra a Washington. En tales condiciones, Stalin jamás se habría rendido. Y, en realidad, es incluso complicado creer que lo hubiese hecho en octubre. La URSS disponía del suficiente territorio, industria y población como para continuar la guerra de modo casi indefinido, casi tanto como una *Wehrmacht* con Moscú en sus manos.

En las primeras semanas tras la invasión no surgieron, pues, disputas por este motivo. El despliegue y avance militar no variaba fuese Moscú el objetivo o no lo fuese. Para Halder, que trataba por todos los medios de convencer a Hitler, al menos desde el punto de vista argumental los objetivos de ambos eran compatibles: Hitler quería la destrucción del Ejército Rojo de forma prioritaria, y Halder defendía que, haciendo de Moscú el fin de

las operaciones militares, se obligaría al Ejército Rojo a dar la batalla por la capital, evitando de este modo su repliegue hacia el interior, y posibilitando así su destrucción. Pero Hitler pensaba en conquistar Leningrado, despejando de este modo el flanco norte y enlazando con los finlandeses, al tiempo que suprimía la amenaza que pendía sobre el Báltico a manos de la marina soviética, que podía interferir gravemente el tráfico en ese mar y la importación del hierro sueco. La segunda preocupación de Hitler era el flanco sur, por el que sentía una poderosa atracción económica y estratégica. Estaba convencido —y no le faltaba razón— de que privar a la URSS de sus recursos carboníferos e industriales del Donetz, de la electricidad que se producía en Ucrania y de sus tierras negras, así como del petróleo caucásico, precipitaría su colapso.

En cierto modo, Barbarroja fue un compromiso entre los diversos planes y las variadas metas propuestas, que culminó en la indefinición a la hora de establecer los objetivos finales. No cabe duda de que también tuvo su influencia el exceso de confianza en que la *Wehrmacht* sería capaz de llevar a cabo cualquier tarea que se le asignara sin siquiera tener en cuenta el papel del enemigo, al que se le suponía dispuesto a actuar como de él se esperaba. Hitler había determinado que la conquista de Moscú se produciría solo después de haber conquistado Leningrado y destruido el grueso del Ejército Rojo; como ninguna de las dos tareas se culminaron, cuando fijó su vista sobre Moscú era demasiado tarde. En todo caso, hasta que se desenlazó la batalla de Smolensk y, por tanto, se cruzó el Dnieper, no se suscitó la cuestión en toda su crudeza.

El avance germano en las primeras semanas fue velocísimo. Las defensas soviéticas saltaron por los aires al recibir el embate de la *Wehrmacht*, y las victorias se sucedieron, cubriendo en apenas tres semanas el 60 % del camino hasta Moscú; en el norte, los primeros días fueron igualmente exitosos, alcanzándose Leningrado en apenas seis semanas, tras aniquilar una enorme cantidad de unidades del Ejército Rojo; en cambio, en el sur el avance fue más dificultoso, porque allí había concentrado Stalin las mayores reservas en previsión de caer sobre la *Wehrmacht* a su debido tiempo o de que el ataque alemán se efectuase a través de Ucrania.

En cierto modo, Stalin no estaba tan equivocado. Tan pronto como el 26 de junio, y consecuencia precisamente del enorme éxito obtenido en las fronteras, Hitler comenzó a considerar la siguiente etapa. Y aunque remarcaba la trascendencia de mantener Leningrado como objetivo prioritario,



EBERHARD VON MACKENSEN EN ANZIO EN 1944.

incluía con un carácter perentorio la necesidad de incrementar la actividad de la *Luftwaffe* contra la retaguardia de las fuerzas soviéticas situadas frente al Grupo de Ejércitos Sur. Y si bien una semana más tarde, el jueves, 3 de julio, Halder manifestaba su seguridad de que, en lo esencial, la campaña ya se había ganado «en dos semanas»<sup>1</sup>, al día siguiente Hitler reconocía que la «decisión más difícil de la guerra» era si debilitar el frente central para enviar sus fuerzas acorazadas hacia el norte y capturar la antigua capital zarista o dirigirse hacia Ucrania. En el Grupo de Ejércitos Centro, solo las fuerzas de infantería se mantendrían en sus posiciones, pasando a la defensiva. Moscú quedaba, así, en un segundo plano. Ambos estaban convencidos de que la guerra había concluido en su fase esencial, pero Hitler parecía más receloso que su jefe de Estado Mayor en cuanto a dar por muerto al enemigo.<sup>2</sup>

El que empezase a considerar que el avance del *Panzergruppe* II, situado en el ala sur del Grupo de Ejércitos Centro, podría ser más adelante utilizado en tareas de colaboración con el Grupo Sur de Rundstedt, revelaba

---

1 Halder, F.: War journal of Franz Halder, vol. VI. Fort Leavenworth, s. f., p. 196.

2 VV. AA.: Germany and the second world war, vol. IV. Oxford, 2015, p. 569.

que estaba comenzando a considerar Ucrania, en fecha tan temprana como el 8 de julio, como el objetivo principal de la campaña. En la misma fecha confesó que tenía en mente destruir Moscú y Leningrado con la *Luftwaffe*, lo que significaba que no iba a tomar al asalto ninguna de las dos ciudades por el alto coste de bajas que ello representaría, y mucho menos emplear los *panzer* en una operación tal. De hecho, ese mismo día, el III Cuerpo de Ejército del *Panzergruppe* I —dirigido por el general de caballería Eberhard von Mackensen— se lanzaba a campo abierto contra la capital ucraniana, mientras Hitler manifestaba el temor que le producía que el intento de tomarla tuviera por resultado un «sacrificio sin necesidad» de los blindados. Ese rechazo era, en principio, firme; aunque unos días más tarde, empero, abrió la puerta a su empleo en el medio urbano, quiso dejar constancia de su preferencia por mantener apartadas a las unidades acorazadas. Dispuso, por tanto, que las fuerzas del grupo de ejércitos se dirigieran hacia el sureste a fin de cercar a los soviéticos empeñados en defender el terreno, evitando de este modo implicar al III Cuerpo *Panzer* en el peligroso asalto a Kiev.<sup>3</sup>

La reluctancia de Hitler a la hora de empeñar grandes unidades para tomar la ciudad se justificaba ampliamente. Acordó que solo valía la pena intentarlo si el mando sobre el terreno estimaba que Kiev podía ser capturada sin un esfuerzo excesivo; y no era el caso. Las fuerzas que la guardaban eran poderosas: tres divisiones de infantería, una brigada aerotransportada, un regimiento blindado, la escuela de artillería de Kiev, un batallón motorizado del NKVD, dos batallones contracarro y 29.000 hombres de las milicias del partido.<sup>4</sup> El Kiev de 1941 —con una población de 850.000 personas— se extendía a los dos lados de un gran río como el Dnieper, asomándose particularmente al oeste, y no era difícil de defender. Es poco probable que un ataque alemán contra la ciudad en el mes de julio hubiera tenido éxito; de hecho, al final del mes y comienzos de agosto, el XXIX Cuerpo de Reichenau lo intentó y no lo consiguió.

Además, aunque Hitler prefería que el 6.º Ejército se dirigiese hacia el Dnieper a la altura de Kiev, las posibilidades de avanzar hasta allí se veían

---

3 Aunque Brauchitsch proponía una operación de menor alcance para aniquilar los ejércitos 6.º y 20.º, Hitler prefería un acercamiento a la ciudad por el norte, flanqueada por el III Cuerpo de Mackensen, al tiempo que se avanzaba sobre la margen oeste del Dnieper y se forzaba una «gran solución». El avance de los *panzer* sobre Kazatin, a 150 km de Kiev, cortó la única vía férrea lateral del Frente Suroccidental, lo que obligó a Budienny a retirarse hacia la curva del Dnieper.

4 Kirchubel, R.: *Operation Barbarossa 1941 (1): Army Group South*. Oxford 2003, p. 45.



GUDERIAN CHARLA CON EL GENERAL OBERST HERMANN HOTH EN ALGÚN LUGAR DEL FRENTE ORIENTAL, EN JUNIO DE 1941 (BAJO LICENCIA CC BY-SA 3.0 DE).

lastradas por el hecho de que el 5.º Ejército soviético resistía en la zona del Pripet, al noroeste del grupo de ejércitos alemán, y lanzaba poderosos ataques en su retaguardia; estaba claro que hasta que no se resolviese tan molesta cuestión —que a mediados de julio ya no se podía ignorar por más tiempo— el avance no podía proseguir. Tratándose de una cuestión estratégica, Rundstedt consultó a Hitler el 17 de julio, y en consecuencia este emitió el 19 de julio la Directriz 33 del OKW, significativamente titulada: «Continuación de la guerra en el Este». En ella se hacía una consideración general de la situación, de acuerdo a la cual Hitler desviaba la atención hacia los grupos de ejércitos norte y sur, en detrimento del central, en ese momento ocupado en la liquidación de las unidades soviéticas cercadas, pero aún no derrotadas en la batalla de Smolensko. Allí, enormes contingentes soviéticos resistían entre las pinzas de las divisiones *panzer*, que no se bastaban